

Sueño de una noche de verano

Martín Yuchak

¿O acaso, en la noche, cuando se presume algún peligro, no es fácil suponer que cada arbusto es un oso?

(Shakespeare, *Sueño de una noche de verano*, Acto V, Escena I)

Las calles de Merlo-Gómez en verano son espirales de polvo reconcentrado de máxima pureza que tiñen de moreno las mejillas. Lo saben los y las ciclistas amateurs que salen todas los días desde primeras horas de la mañana a buscar un poco de pan con la moneda en la mano que quedó del día anterior, o las adolescentes que se apresuran con un bebé en brazos y otro nueve meses mayor, quien practica sus primeros pasitos de un modo casi frenético, de la mano de una madre que apura el paso para llegar antes de las 8 a la dependencia del municipio, para recibir los dos sachet de leche que le corresponden por el que lleva en brazos. En un pequeño terreno al costado de la vía se forman colas de bicicletas despintadas y bidones de 5 litros que esperan su turno para recibir el agua de más de 35 metros de profundidad. Las bicicletas bordean la vía cargadas, haciendo equilibrio para no perder el agua que aún se puede tomar fresca en estos barrios del sudoeste. Cruzando la vía por Gamboa, viniendo desde Morón, a 100 metros, hay una plaza. Los pastos están más o menos crecidos según qué día de la semana pasemos por allí. Una explanada de cincuenta metros de largo, cubierta de piedras y restos de botellas, finaliza a ambos lados con un arco torcido, mal clavado, y –si se la mira desde alguna terraza de la cuadra– produce un lindo contraste con la zona de los pastizales. Una cuadrilla de 30 adultos con el rostro diezmado se junta todos los días a las 8 en un borde de la plaza; uno reparte 15 rastrillos entre los presentes. Al principio, cuando recién comenzaba el programa de planes, se peleaban por ver quién los agarraba y quién se quedaba la mañana mirando cómo otros sacaban la maleza de la plaza, una y 20 veces por los mismos lugares, porque no había demasiado que desmalezar y otros trabajos no había (al menos eso decía Saúl, el puntero de la Unidad Básica ubicada a la vuelta de la maleza). Pero ya no, ya nadie veía gran diferencia entre arrastrar pasto amarillo y otras especies con el rastrillo, y quedarse mirando y tomando mate, a cambio de los 150 pesos entregados por el mismo Raúl a principio de mes. Prometió que iba a haber más el mes próximo. Primos cercanos y lejanos, cuñados, hermanos de otro padre, hijos abusados, sobrinos políticos, todos estaban anotados prolijamente por Saúl en su libreta, pero, “si el intendente no me los baja, yo no puedo subir a nadie más”– repetía con su voz gruesa y amable.

Sin embargo, no hacía falta ser adivino en Merlo-Gómez, ni en cualquiera de sus barrios que se abalanzan alrededor de la Avenida Bella Vista y la Ruta 21. Cualquiera que mirara en el reflejo que producían los charcos de barro, marcados con el dibujo de las cubiertas, entendía que ese verano no iba a comenzar como todos los veranos que se venían sucediendo desde hacía tantos diciembres. Diciembre...

Y cuando alguno en la verdulería recordaba como así al pasar el '89, al verdulero le bajaba un escalofrío que le erizaba los pocos pelitos de los brazos y el aire empolvado se llenaba de un incómodo silencio que duraba unos 30 segundos... “Dáme medio de tomate perita”... “Hay mucha bronca, qué va a ser”... “dos puerros chicos”... “sí, pero les roban a los pobres”... “Y perejil si puede, Ricardo”... “¿Y a quién querés que le roben?”... “Don Ricardo, ¿ciruelas machucadas para hacer dulce?... “Bueno, pero fíjese, la gente que tiene la plata en el banco, esos no son pobres”... “batatas”... “Yo creo que era hora de que les metieran la mano en el bolsillo a ellos”... “pepinos”... “Pero, Celia, ¡es gente que trabajó y ahorró”... “ajo”... “A mí no me hablés de trabajo, que mi marido hace dos años”... “pimentón, orégano”... “Yo lo único que sé es que ya el mendocino de enfrente me dijo que esta vez va a tirar”... “zapallo plomo”... “y si la policía no hace nada”... “zapallitos”... “y vas a matar hambrientos”... “perejil”... “hambrientos... la banda del Chuny... el

gordo Sugus... los del Cortijo... hambrientos"... "cebolla roja"... "la policía la otra noche mató al pibe ese a la salida del boliche ¿y la banda del gordo Sugus, qué?"... "morrón"... "la policía les libera la zona"... "pimienta"... "¿y la hinchada de Argentino?"... "pimentón"... "a esos los banca el intendente"... "ají picante"...

Las bicis pasaban a un ritmo más elevado ese mediodía y con una frecuencia mayor. Pocos autos. La gente iba con bolsas de un lado a otro, parecían ya las compras de fin de año, pero no se entendía si no estábamos a 20 todavía y los aguinaldos y los planes llegaban unos días más tarde. Los perros cruzaban de lado a lado, vadeaban las zanjas y se iban a agarrar a mordiscones con el de enfrente. Más tarde, se los veía cola con cola dar vuelta juntos la esquina.

A la tarde fue la tele la que le ganó una vez más a la realidad. Tipo 4 ya todos los televisores del barrio estaban prendidos. La gente, desde sus casas, miraba la imagen del chino de Ciudadela a los gritos pelados, llorándole al cielo –mejor dicho, a las cámaras– los dos años de infeliz *trabajo* que le estaban desbaratando unos vándalos inadaptados. El verdulero cerró su precaria persiana, aún sabiendo que no le serviría de nada. Lo siguieron algunos almaceneros y otros ya no volvieron de la siesta. El autoservicio de Gamboa quedó abierto... "Cuánto más me van a sacar"... Los pibes se juntaban, como siempre, como todos los días, en la parte de la plaza más cercana a la vía, pero eran más y estaban más animados. "Traé un birra, Chori". "Está cerrado el kiosco". "Golpeá la puerta, que se levante ese gallego". "Ya le tiré un cascote y no abre, parece que se fue". "¿Pero a dónde se va a ir el viejo si no puede ni caminar". "Bueno, vamos hasta Helvecia, ahí debe haber algo". Media hora sin birra es demasiado en la plaza, el finito que tenían se consumió enseguida en un carioca, así que algunos se fueron volviendo. Chaky llegó a su casa y vio cómo su vieja se peleaba con su hermanita porque ésta no quería sacar un minuto la telenovela para dejarla ver qué decían las noticias. "¿Para qué tenés la radio en la cocina, ma?". "Pero necesito ver qué muestran"... "Kichi, dejála a la vieja, andá a jugar a tu cuarto"... La imagen del llanto –eterno y propietario– quedó fijada en los canales por mucho tiempo y a cada rato volvía a emerger, para los desprevenidos que recién volvían de la oficina o de la fábrica.

Chaky escuchó cumbia en su cuarto, se durmió una hora y estaba ya por volver a salir a ver a quiénes de los pibes encontraba y si alguno caía con una birra (aunque sea una), cuando su vieja lo agarró en la puerta, con los huevos a medio batir dentro de un bol que cargaba en la mano izquierda y el tenedor de dientes chuecos en la derecha: "Salió el presidente por la tele". "¿Y eso qué tiene? Si sale todos los días ese gato". "Dijo que hay estado de sitio"... "¿estado de qué?". "No sé no entendí muy bien pero hace un rato vino la Julia, que el marido la llamó y le dijo que no lo dejara salir al Germán, porque si la policía los veía a todos juntos los llevaba así nomás". "Vieja, hoy no pasa nada con la trulla". "Además pasó Saúl a decir que en el Cortijo habían saqueado el chino y estaban entrando a las casas, y que nos quedemos porque quizás venían para acá". "¿Esos giles del Cortijo qué van a venir?... si después de los cadenzos que se comieron hace un mes ni pintan". "Y me dijo algo del Matera también". "¿Pero qué sabe ese Saúl, quién es!". "Él es político, anda con el celular para todos lados, está enterado de todo"... De todo. Vio, cuando abría la puerta, a Germán que se asomaba por el alambrado. Salió.

En la esquina estaban el Chiny, Palermo, Gastón y un pibe que no conocían, con una birra. Se abalanzaron como cebras en celo. Oscurecía. O ya estaba oscuro. No se sabía muy bien. No se veía. Pero sin saber por qué, los pibes vieron de repente llegar a Pedro, el que trabaja en demoliciones en zona sur, en Monte Grande. Ellos lo querían, aunque escondían el porro cada vez que lo veían llegar ("es un secuestro... al pedo", repetían). Atrás de Pedro venía la mujer y las dos pibitas. Sergio, el remisero –que la noche anterior había sufrido el séptimo robo a mano armada del mes–, venía con los dos pibes. César, Lucho, la polaca, Gregorio el carnicero, todos venían en hilera por Malaver, hablando bajo. Dos minutos más tarde, el "terco" Gutiérrez, que se había quedado doblando la esquina, vio una luz que se hacía alta y luego bajaba. "¡Miren, es el Fiat del Gordo Bocanada!". "¿Y qué hace ese acá". "¡Eh, gordo". Todos le gritaron y él se bajó. "Miren, hay un quilombo bárbaro, parece que es en todos los barrios, al chino del Cortijo lo saquearon, parece que entraron a la Rhasa también. Yo me voy para la Bella Vista a ver qué pasa en el Cortijo y vuelvo.

Chaky ni se había dado cuenta pero cuando levantó la cabeza había más de cincuenta en “su” esquina. Miró para su casa y vio a su vieja que salía con la Kichi de la mano. Llegó corriendo un pibe con guardapolvo escolar y contó que a la vuelta era lo mismo, que estaban todos en las esquinas, esperando algo. Algo. De repente, el sonido. “¿La murga?”. “*Los embarrados de Merlo-Gómez* dejaron de actuar hace tres meses, no tenían ni para la pintura”. Un sonido de lata, pura lata, ritmo desarticulado, una dos, tres, cinco, una, tres, cuatro, siete. “Vamos a buscar nosotros también”. “Eso, ruido”. “Escuchen, escuchen”. “Viene del Barrio Nuevo”, “del Marina”, “de Los Aromos, que está acá nomás”. “Vayan con cuidado”. En el camino la gorda Ana se cruzó a Saúl que andaba echando putas por el celular. Cortó. “Eh, qué hacen, vuelvan a sus casas, no ven que vienen los del Cortijo... están arrasando con todo, ya están en el San Juan. Ya vienen para acá para el Santa Marta... y por la zona de Villa Amelia es un desastre, ya rompieron todos los negocios... vuelvan a casa, vuelvan, ya fue suficiente, acabo de hablar con el intendente”. “Callate la boca corrupto, vos que te quedás con la guita de los planes de la gente... andate vos a tu casa porque acá te vamos a matar”. Y volvió a la esquina y ya sonaba una orquesta a todo trapo. Ramón, el mecánico, trajo siete gomas viejas y ahí nomás se iluminó todo el barrio. Los más pibes corrían y saltaban de un lado para el otro, jugaban a la pelota, a la mancha, se revolcaban por el barro. “¡Ojo con el fuego, Dieguito!”. “Cloty, andá a buscar la olla”. Detrás de las gomas se empezaban a juntar paquetes de fideos abiertos por la mitad, arroz largo fino, arroz partido, polenta, tomates perita, puerro, perejil, ciruelas machucadas, batatas, pepinos, ajo, pimentón, orégano, zapallo plomo, zapallitos, perejil, cebolla roja, morrón, pimienta, pimentón, ají picante...

Pedro, Francisco y Piny empezaban a quebrar las maderas, cuando se oyeron los motores que rugían hacia las gomas. Al segundo, el sonido agudo de la frenada viniendo a más de 60. Por la ventanilla salieron los fierros de caño corto y sin mediar ni medio *buenas noches*, un bigote largo y tupido exhortó: “¡Vuelvan a sus casas, es en serio, están llegando desde el Cortijo y Los Aromos a saquear todo, méntanse adentro, nosotros los vamos a defender. Están viniendo del Parque Pora también. Los van a matar, méntanse adentro les digo”, y arrancó con la misma suavidad con la que había frenado, y se perdió en la noche con vidrios polarizados. Un minito de cuchicheos, susurros, las madres agarraban a los chicos en brazos y gritaban para encontrar a la familia. “Vamos”. “No, qué vamos, yo voy a buscar el fierro”. “Eso, traigamos todos los fierros, vamo’ a darle a los del Cortijo”. “Yo me voy, vienen para acá”. “Aguanten, ¿qué pasa? yo voy a llamar a mi tío que vive en el Cortijo a ver qué pasa”. “Eso, vayamos a ver, yo tengo mi cuñado en el Matera”, “en el San Juan”, “Los Aromos”. La Vane, que no había esperado la decisión, volvía gritando: “¡cortaron los teléfonos, cortaron los teléfonos!”, se le cortaba la respiración por la corrida y las palabras salían espasmódicas. “Fui a lo de la Marta que se quedó ahí con la nena, ella tampoco tenía tono”. Vamos a ver. Fueron el Chaky y Orlando a sus casas a comprobar. No había tono. “¡El público de la remisería!”, gritó Sergio. “No, Sergio, la cana y el Municipio te cortan todo”, habló Nérido con un tono de tranquilidad que sorprendió a muchos. “Escuchen, tenemos las bicis, somos muchos, ¿por qué no van algunos al Cortijo a ver qué pasa?”. “Pero estás loco tío, si están viniendo a saquearnos a nosotros”. “Y vos cómo sabés eso”. “Lo dijo el de bigotes”. “Vienen para acá, vienen para acá, yo voy a buscar mi fierro, ustedes hagan lo que quieran”. “Pero esperá, Ruben”. “Nérido tiene razón, ¿por qué no mandamos algunos para allá? Vamos a buscar las bicis, ¿quién viene? vamos a ir para todos los barrios a ver qué pasa”. “Pero vienen a saquear”. “¿No ves que la policía busca dividirnos, que nos peleemos todos contra todos? Eso buscan”. “Ya está, van dos para allá, al Cortijo, alguno que vaya para Barrio Nuevo, vos Penco, que conocés, ¿por qué no te vas con Seba para el San Juan? A ver, a Los Aromos, ¿quién va? Al Barrio Marina, al Sarmiento, a Libertad, después un par en Villa Amelia y ahí ya seguro que saben del Matera...”

Salieron. No habrían pasado diez minutos cuando oyeron esta vez sí, la sirena, y al toque tres lanchas, que parecían volar en una nube de polvo negro. Hicieron el mismo sonido agudo que antes los polarizados. Otro bigote uniformado volvió a salir por la ventanilla, mientras los caños cortados

lo secundaban en silencio. “¡Vayan para casa, carajo! Vienen haciendo destrozos, los van a cagar a tiros a todos, ¡Vuelvan, entren, carajo!” y salió retumbando el motor, levantando piedras que caían al fuego de las gomas.

Pero como a la media hora, llegó el primer contingente de ciclistas mensajeros, agitados de sudor y pidiendo agua. Eran los del San Juan. “Che, no pasa nada, allá están igual, sin tono y sin luz, a oscuras, con gomas en todas las esquinas, no pasa nada, no viene nadie, la única que viene es la yuta”. “Sí, saquearon un par de negocios más temprano, pero la gente está toda junta... Nérido, estaban Marisa con las chicas, está todo bien, dicen que quieren ir a la Plaza”. “¿A qué plaza?”, gritaron varios. “¿Cómo a qué plaza? ¡A la plaza de Mayo!”. “Están locos, ¿a esta hora? ¿Con este quilombo?, ¡los van a matar!”. “¡Y vamos, yo llevo mi fierro!”. “Dejáte ya vos con el fierro, ¿para qué te va servir?”

Llegaron los del Matera y al toque los del Cortijo: “No pasa nada, nos convidaron guiso en el Cortijo, parece que ya se olvidaron de los cadenzos, aunque unos nos quisieron agarrar pero toda la gente los cortó y se fueron... y nos despidieron cantando”... La gente aplaudía. “Pero escuchen... acaba de pasar otra vez la trulla por allá”... “Por acá también pasó de nuevo”. “Dicen que les dijeron que se metan en sus casas, que se vayan todos, porque estaban viniendo de acá del barrio Santa Marta a saquearles todo”. “¿De acá del Santa Marta? ¿Quién será? ¿El gordo Sugus?”. “¡Nadie, Antonia!”. Iba a hablar uno de los que había ido para Villa Amelia, pero de repente vieron llegar dos playeras a unos treinta metros de las gomas, que frenaron coleando con la pata entre el caño y la cubierta. “¡Son los de Villa Amelia!”. “¡Qué pasa, qué pasa!”. Algunos ya los querían boxear. “Pero si yo estuve con ellos recién, dejáte, Chiny, no pasa nada”. “Eh, loco qué onda, anda la patrulla por Villa Amelia diciendo que vienen de acá para allá a saquear todo, de acá, del Cortijo, del San Juan”. “Sí, por acá también andan las lanchas, están que explotan”. “Pasó el de civil y después el de la comi”. “Sí, por allá también, con los caños cortados, metiendo miedo, están dando vuelta por todas las esquinas... “¿Saben qué?, contaban los del Matera, para caerse de orto... Resulta que se les paró la lancha ahí, nomás, al toque de la olla que habían puesto para los pibes, amenazaron con levantar todo con los palos... apareció la gorda Sara, ¿se acuerdan?... la gorda loca esa que tiraba las cartas en la estación de Merlo, en el Sarmiento... parece que les dijo que en esa olla estaba cocinando unas ratas y yuyos para llamar a los demonios y que, si los ratis no iban, iban a empezar a salir de abajo de la tierra... y les gritaba ‘¡fuera, fuera criminales!’ ‘¡salgan, vengan, fuerzas de abajo del charco, ayuden a echar a estos asesinos! ¡Viva el barrio Matera! ¡Viva el pueblo!’”.

Más arriba, en el cielo, Ángeles con espadas continuaban custodiando las jambas de las puertas de entrada al Paraíso.

A los/las compañeros/as de Merlo Gómez y a todos y todas que hicieron hace cinco años que este país comenzara a ser otro.

Septiembre – Diciembre 2006